

GAVIDIA: EL BRUJO DE LA SINTESIS

POR GILBERTO GONZÁLEZ y CONTRERAS.

I

América es la movilidad. Su historia literaria se divide en dos partes: antes del Modernismo es un movimiento vaivenal que parte de América hacia Europa y de Europa es devuelto a América. Baudelaire y sus epígonos —que tanto influyeron en la musicalidad modernista— se han nutrido en las savias poéticas de un americano: Edgard Allan Poe. La genealogía de simbolistas y decadentes, de satánicos y místicos, parte en forma troncal, de un poeta nacido en la América Sajona. La otra mitad del Continente, por vía de París, canaliza la ola encrespada y crea el Modernismo. El Modernismo es una sola dimensión, donde se confunden todas las dimensiones.

El Modernismo en América no podía ser otra cosa que un fenómeno de liberación. Opuesto espiritualmente a las formas anquilosadas, las desmenuza y altera para dotarlas de nueva arquitectura. La música

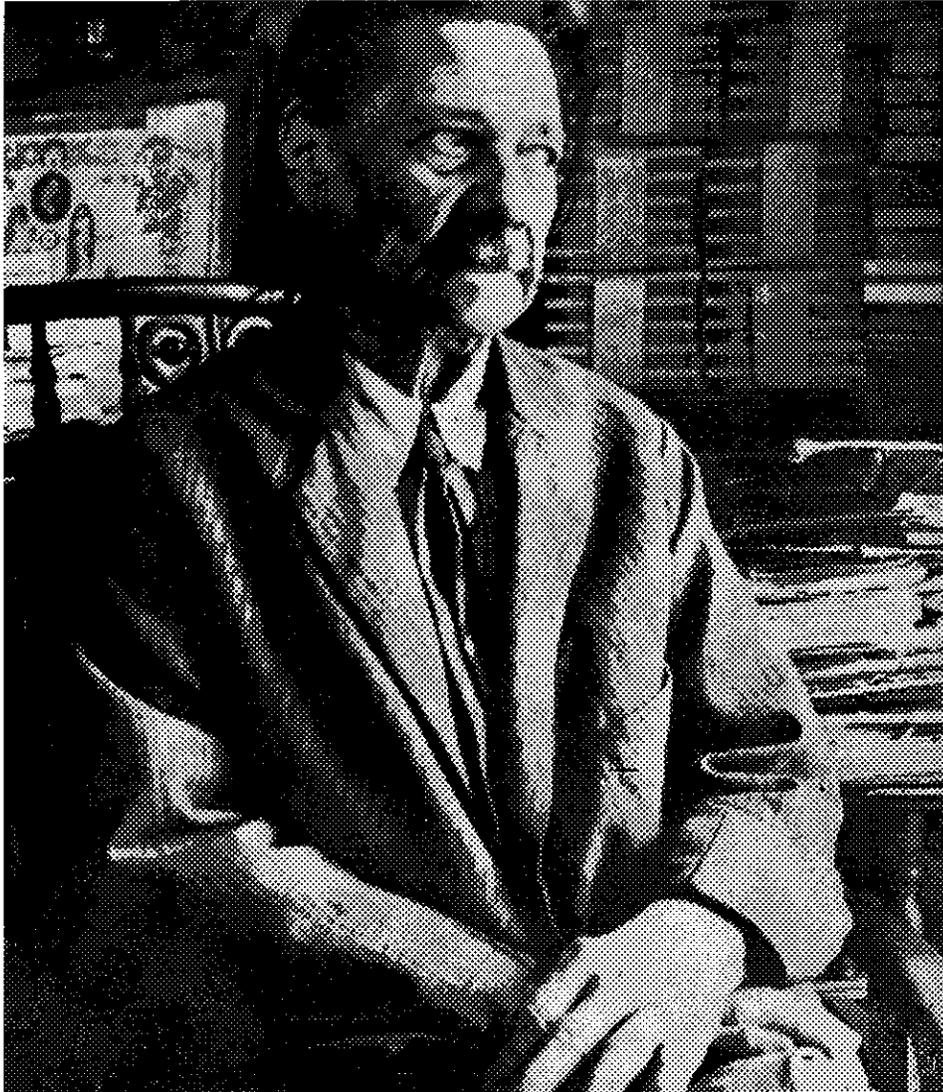
que deslumbra los oídos del hombre americano, la música que abre nuevos cauces a los contenidos poéticos, pone un temblor de luz a la lengua española y una apetencia de color en los poetas de América. Aquella música, derivada del alejandrino francés y del hexámetro griego, ilumina el oro de sus campos, prestigia a las alondras en sus amanecidas e ilustra la gloria de sus tierras.

El Modernismo no descubre a la naturaleza americana: enseña a enumerarla; no descubre al hombre americano en su esencia de hombre sino en su voluntad de artista. Este fue el milagro del Modernismo en América: un milagro que el Continente asumió para convertirlo en un milagro por el cual América se puso en camino de reconquistar su indigenidad y se hizo síntesis y cabeza de la más legítima reforma poética iberoamericana. La poética española dejó de ser española con el Modernismo: la nueva poesía no era la manera tradicional del arte poético, sino una manera nueva que corría en pos de la novedad de lo antiguo; no era la poesía proverbial de España sino un arte fundamental exótico para el espíritu de España; era el arte de la antigüedad, pero de una antigüedad a la que puso el cuño de una reconstrucción.

Reconstruir la métrica española ha sido la obra fundamental de don Francisco Gavidia. Gavidia es el Cristo de una iglesia de la que Rubén Darío será el evangelista. No es "Azul" —como a menudo se ha dicho— la primera piedra del edificio modernista. Los "sonetos áureos" —con los que el nicaragüense rompe el molde clásico, sustituyendo el endecasílabo por el alejandrino— fueron trazados bajo la influencia del humanista salvadoreño. Gavidia escribe los primeros hexámetros castellanos, con la misma medida de los hexámetros griegos, y los escribe en 1882. En ese mismo año trasvasa el alejandrino francés a la métrica española. La reforma se inicia con la versión de "Stella" de Víctor Hugo. Es de ahí de donde la toma Darío, hasta ese momento un gran becqueriano o un epígono de José Joaquín Palma.

Cuando en 1884 aparece la primera edición de los "Versos" de Francisco Gavidia, surgen —leves y armoniosos— los metros que muy pronto iban a dominar en América y en España. En "La siesta del caimán" y "El himno de Orfeo", se constriñen ya todos los movimientos eufónicos hasta llegar al políritmo. Gavidia realiza la reconstrucción formal de la poesía española por los oídos. Gavidia estructura el acontecer poético y lo acomoda al paisaje americano. Haber reconquistado literariamente la tierra que antaño perdieron sus antepasados es uno de sus más bellos galardones.

No es Francisco Gavidia el tunista que canta la decoración del



Gavidia, a los 86 años.

paisaje: es el poeta enamorado de la luz, que desentraña los secretos de la tierra y los trasvena en paisaje. Para llegar a las alturas que escala, ha tenido que padecer, en su alma y en su sangre, el sacrificio de los suyos. La historia y la tradición no se entregan a cualquiera: se entregan a quien las conquistas y a quien gozosamente las sirve. Lo terrígena, ya sea de América, de Grecia o de Francia, se entrega sólo a quien lleva en su espíritu el servicio de la poesía. Gavidia es el poeta de la síntesis, obtenida al través de la renovación silenciosa.

2

Don Francisco Antonio Gavidia es, cronológicamente el primer poeta indigenista americano. "Xochitl" y "La princesa estrella", en poesía, "La loba" en el terreno de las tradiciones y "Lucía Lasso", en el teatro, estiliza el folklore de los lenca y de los maya-quichés, sacan a flote las teogonías tribales, vehiculizan el panteísmo pavoroso de los poblados indígenas y reconstruyen la trágica lucha entre las encomiendas insumisas y los encomenderos implacables. Su poesía, sus cuentos, sus obras teatrales, sus estudios de toda índole, vindican plenamente los derechos del folklore indígena de la América Central a la consideración de los hombres de estudio, filólogos y etnólogos, con lo que llena un vacío evidente y ofrece una visión —a vuelo de pájaro— de las creencias, prácticas y supersticiones populares, relacionándolas con la naturaleza, con los cuerpos celestes, con el mar y los ríos, con las motivaciones mitológico-cosmológicas, con la fauna y la flora, con los poderes sobrenaturales: demonios y espíritus, brujería y magia, encantos y sortilegios.

Alma de mago, de poeta profundo, Gavidia es un estructurador de imágenes y un alto y bien agudo analista de sus propias sensaciones, para quien el idioma es una cantera sin secretos, una cantera de la que extrae sonoridades y símbolos y la concordancia gozosa entre los ritmos y los conceptos a que sirven de vehículo.

Espíritu grave, reflexivo, disciplinado en las grandes culturas, Gavidia es un poeta sereno que interroga el misterio, que ama —con amor encendido— la perfecta sencillez de las antiguas razas, y que ha logrado vaciar la plenitud de su conciencia anímica en estrofas robustas, que muchos han llamado clásicas, pero que son modernas por lo variado de sus ritmos, la intensidad de sus imágenes y la riqueza de su sentido. En las raíces de su poesía penetra con firmeza el limo romántico, no de actitudes, sino de preocupaciones por lo infinito y eterno. Con un estilo que le aleja de nosotros por su impassibilidad, Gavidia

ha llevado a la poesía las manifestaciones filosóficas. Su poema "La Razón pura" y su epopeya "Sóteer" en catorce cantos, se distinguen por su índole demiúrgica, por su elevación cósmica, por el ayuntamiento de la ciencia, de la filosofía, de la leyenda y de la historia, en cuyas bases se apunala el invisible impulso de una controlada inspiración.

Poeta que domina con extraordinaria gallardía las viejas y las nuevas formas métricas, don Francisco Gavidia se ha formado un estilo propio y una lengua troquelada hasta su máximo afinamiento. Conoce, porque es suya y de los suyos, la tierra, el horizonte, el mar, en donde un día surgirá la tipología cósmica del hombre americano. Su sabiduría le viene del mundo indostánico, del suelo griego, de la claridad francesa, de la férrea Germania y esencialmente de esta América, de este Continente viejísimo en el que se han sentido las pisadas del primer hombre.

Es América la que a Gavidia le otorga la cabalgata de sus héroes, la orquestación espléndida de sus pájaros, el tumultuoso correr de sus grandes ríos y el risueño discurrir de sus arroyos. Son cosas y gentes de América las que viven en la luz de los ojos del poeta. Su asombro es el del Continente que, por primera vez en su historia, aprende a mirarse a sí mismo y mira como del Caos se va levantando cada madrugada de la creación. Gavidia lo que simboliza es el desentumecimiento de las formas, la desfocilización de muchos siglos de vivir y el encanto de quien empieza a soñar.

Este es el secreto y esta la dificultad de don Francisco Antonio Gavidia, máximo poeta de la América Central, piedra sobre la que se levanta el edificio del movimiento modernista

3

Don Francisco Gavidia es el hombre que ha fatigado los modelos, que ha transitado por todas las escuelas y ha bebido en todas las sabidurías. Poeta y pensador, cuentista, dramaturgo, filósofo y buzo de la historia, no por eso ha perdido el asombro de que los jardines se vistan con el color de los rosales y de que las rosas se abran con el viento para perfumar el paso de la aurora.

Gavidia habla de las cosas eternas y las cosas eternas se ponen de pie para escucharle. Gavidia se ha puesto al servicio del pueblo y su vocación es la de mover asuntos propios de la Democracia y de la Nación. Demuéstralo en "Uisino" —obra en la que ofrece la lección de la concordia—; en "Júpiter" —en la que presenta la condición imperiosa

de educar para las nuevas formas de vida— y en “La torre de marfil” —atalaya desde la que oteando el horizonte democrático, señala todos los vicios, todas las irresponsabilidades y toda la imprevisión de nuestros jóvenes países.

Para Gavidia el flujo es un estado de pensamiento que busca una expresión rítmica. Sofrena las cualidades emotivas, somete a cuño a la fantasía, y ante los ojos desnudos, la que desfila no es una realidad vivida sino una realidad pensada. De una realidad clamorosa que vivió en espera de la hora de la resurrección, ha hecho un mundo de fantasmas, una tierra de sombras. La dificultad de su poesía resulta de su costumbre prodigiosa de hablarle al mundo por encima de las cabezas de los hombres. Sus coterráneos no entienden las palabras que se dicen por encima de su comprensión. Vive en el aislamiento porque ha necesitado un clima solitario para la defensa de su personalidad. Nunca ha perseguido el efecto inmediato y su poesía es difícil porque en ella prima la sutileza de trazo y la condición rigorista de las figuras verbales combinadas con el deleite creador y con el cálculo sintáctico que en Gavidia adquiere categoría de Musa.

La obra de Gavidia, por exigir de cada uno de sus lectores una atención reconcentrada, solo llama, solo atrae a una muy selecta minoría. Muchos lo encuentran oscuro. Su oscuridad resulta, no de las palabras, no del estilo donairoso, no de la forma aséptica, sino de la profundidad de las ideas. Ocurrió que este poeta —último de los humanistas integrales, pionero de la renovación poética española— es el menos espontáneo de los aedas. Su método es el de las aproximaciones, el de la brillantez rítmica del verso, el de las fórmulas mágicas que conducen a un movimiento y a una especie de síntesis de conjunto. Solo que su conjuro no es a las potencias instintivas sino a las cualidades de la razón. Y a pesar de dirigirse a la razón, el estado de lucidez que provoca tiene más puntos de contacto con el “devenir” que con el “comprender”. Ello es así porque la poesía gavidésca se dirige más a la vida que al espíritu, más a los orígenes enigmáticos que a las sensaciones explicables, más a la zona que interroga que al punto de confluencia de las respuestas en fume.

Si de muchos hombres se ha dicho que vivieron en estado de gracia, puede afirmarse que Gavidia vive en estado de pensar poético. Su arte —como su vida— tiende al señerismo, no al aglutinamiento. Si su actitud se halla en las raíces del movimiento modernista, no por ello se le puede clasificar en tal tendencia. Gavidia está dentro del Modernismo, pero también se halla antes y después del Modernismo.

De confrontarlo con otros dos grandes poetas de su generación, diríamos que Gavidia es la profundidad, Darío la elegancia y Chocano la fuerza, Gavidia es terrígena y humanístico, Darío es sensual y fantasioso y Chocano tenía todo el primitivismo de una selva amazónica.

Estas son las diferencias y aproximaciones epocales de don Francisco Antonio Gavidia. Su complicación no es la complicación del ultracivilizado, sino la complicación del hombre de poesía. Sus versos no forman parte de la naturaleza: traducen la razón a la naturaleza. El, prefiere la diafanidad que entienden los dioses a la diafanidad que entienden los hombres. Prefiere ser poeta pensador a ser contable de sucesos poéticos. Gavidia es, en su verdadera dimensión, el poeta del renacimiento de América, que entregó al calor y a los ritmos, la luz y la musicalidad en que América principiaba a sonreír.